

señorita de Marcy,—de que las señoras Staller no han venido?

—Sí, señorita: estoy segurísimo, porque la portera, que acaba de subir para saber si era preciso velar, me ha dicho que nadie, excepto el señor marqués de Artís, había venido.

—¿Sabes que se retrasan?—dijo la señora de Marcy, que no cesaba de mirar el reloj.

A las doce, la joven se echó en brazos de su madre, exclamando:

—¡Ah, qué desgraciada soy!

No durmió por la noche; al siguiente día, á la hora del desayuno, hora en que pensaba encontrar en casa á Gontrán, fué á pie, en compañía de la doncella, al hotel Staller.

Subió á las habitaciones de la hermana de Gontrán. En seguida vió que todo estaba perdido para ella.

La señorita Staller se echó á llorar y le confió, aun cuando nada quería decir, todo lo que su hermano había contado.

La señorita de Marcy escuchó hasta el fin, como si la indignación cortárala la voz.

Luego, después de una pausa, se levantó y dejó caer estas palabras con voz altiva:

—¿Su hermano de usted ha dicho eso? Me avergüenzo por él. ¡Su hermano de usted fué á verme á un gabinete del Café Inglés! ¡Creyó encontrarme allí! ¡Ha dicho que me ha visto! ¿Qué es, pues, su hermano de usted? ¡Es un alma de lacayo! ¡Cómo! ¡He podido amar á ese hombre! ¡Nunca cesaré de despreciarle! ¡Adiós, señorita, porque supongo que no se figurará usted que descenderé hasta defenderme!

La señorita de Marcy salió sin volver la cabeza.

Su corazón estaba invadido por la rabia. Si Gontrán

se hubiera encontrado allí, le habría abofeteado. Hubiera querido que la tierra se le tragara.

Llevóse la mano al corazón.

—¡Me moriré!—dijo.

XVIII

El marco negro de la dicha

Sr.....

Se le ruega á usted se sirva asistir al entierro del cadáver de la señorita Clotilde de Marcy, que ha fallecido en su domicilio, calle de Provenza, á la edad de veintiún años, el día 24 de enero de 1869, después de recibir los Santos Sacramentos. Se despedirá el duelo á las once, en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, su parroquia.

De parte de la señora viuda Clementina de Marcy, su madre; de los señores Andrés de Marcy, Gastón de Presles, marqués de Chavan y señora y señor de Santini, abuelo, tío y primos.

Esta invitación cayó como un rayo en la sociedad parisiense.

—¡Muerta!—se decía.—¿Acaso estaba enferma?

Y se recordaba aquella hermosa salud. Si entre todas las mujeres que eran entonces la alegría y el encanto de los salones parisienses se hubiera de haber previsto una muerte, la mirada no se habría ciertamente detenido en la señorita de Marcy. Ésta vivía anchamente, la sangre corría rica y generosa por sus venas, el alma radiaba en su rostro; todas las madres la miraban

con envidia ó con amor, según que tenían hijas ó hijos.

En la misa de difuntos, la señorita Staller lloraba lágrimas verdaderas.

—¿Por qué llora usted?—díjole de pronto una señora que á su lado estaba sentada.

No quería responder á aquella extraña pregunta, que, sin embargo, era menos extraña para ella que para otra.

—Lloro,—murmuró,—porque era mi amiga.

—¿Su amiga de usted! ¡Y es usted quien la ha matado! ¿No sabe usted que salió desesperada de su casa de usted por lo que usted la dijo? Una fiebre violenta se apoderó de ella, que tuvo que acostarse en cuanto llegó á su casa; la vi aquella noche; en vano la pregunté; se encerró en un silencio absoluto. Por la noche, el delirio hizo presa en ella; estaba herida en el corazón, el corazón estalló y la mató. ¿Qué la dijo usted?

La señorita Staller no encontraba una palabra.

—Amaba á mi hermano, la dije que mi hermano no la amaba.

—¡Oh, no! No fué eso. No se muere por no ser amada, se muere cuando se es calumniada.

La señorita Staller dobló el cuello y rezó. ¡Ah, cuánto sentía haber hablado tan francamente!

—¡Infeliz!—murmuró.— ¡Muy desgraciado es mi hermano, puesto que todo cuanto hace sale mal!

Aquella mañana misma, alguien enteró á la señora Staller de que su hijo había perdido mucho en la Bolsa. He aquí por qué, ya apenadísima, no había podido ir á la misa de difuntos de la señorita de Marcy.

Cuando los restos mortales fueron arrancados á la señora de Marcy, la desgraciada madre corrió medio loca á casa de la señora Staller.

—¿Dónde está su hijo de usted?—díjole con voz desesperada.

—¡No me hable usted de mi hijo! ¡Está perdido para mí!

—¡Es un monstruo y es un infame!—exclamó la madre de la difunta.—Puesto que las palabras hieren mortalmente, quisiera herirle por mí misma; pero no me comprendería, porque no tiene corazón.

Las dos madres se desolaron juntas mientras la muerte se llevaba á la hija y tentaba al hijo.

A la hora de los funerales, Gontrán, loco de dolor, cargaba una pistola.

No le quedaba más que un consuelo: hacer el fúnebre viaje con aquella adorable criatura á la que amaba perdidamente desde hacía algunos días.

Pero tres veces apoyó la pistola en la sien y tres veces la dejó sobre la chimenea, espantado de verse tan pálido.

¿Faltóle valor? ¿Había olvidado abrazar á su madre y á su hermana? ¿Quería despedirse de Lucía?

No. Su objeto era explicarse el misterio de la cena del Café Inglés.

XIX

El abismo rosado

Por espacio de algunos días, Gontrán permaneció encerrado en el hotel. No recibía á un amigo, no se presentaba ante su madre y su hermana sino á la hora de la comida. No almorzaba. Apenas si se hacía subir, por la mañana, una taza de te ó de chocolate.